

considera que el proceso de codificación del derecho internacional es de importancia capital para una convivencia justa, ordenada y pacífica entre los Estados.

Como bien señalaba el prólogo de un volumen editado, en 1995, por el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM en homenaje a Sepúlveda:

De espíritu abierto y crítico, el maestro César Sepúlveda nunca se dejó llevar por las últimas modas o las corrientes en boga, nada más porque así lo dictara la aplastante mayoría del momento; antes al contrario, su vida y su obra son fiel ejemplo de una convicción profunda de que el tropel y la turba, silenciosamente orquestados, y con corona o sin ella son, por regla general, intérpretes pésimos de la verdad y la justicia.

Su fe en el derecho internacional para mantener un orden entre los Estados y lograr una mayor cooperación entre ellos que permitiera un futuro más promisorio a la humanidad está en toda su obra. *El derecho de gentes y la organización internacional en los umbrales del siglo XXI*, libro póstumo, sólo ratifica que esa fe nunca lo abandonó.

Alonso Gómez-Robledo V.

Jasper Becker, *Hungry Ghosts*, Londres, John Murray, 1996.

Hungry Ghosts (fantasmas hambrientos) es quizá un libro condenado a convertirse en éxito editorial, por tratar un tema importante y explosivo: la devastadora hambruna experimentada por China entre 1959 y 1962. A pesar de la realidad insoslayable de esa tragedia, el libro de Jasper Becker resulta decepcionante: contiene infundios, verdades a medias y afirmaciones rotundas y aventuradas que no logra probar.

Por ejemplo, en cuanto a la magnitud de la tragedia, y a pesar de que su libro no provee ninguna información nueva sobre la hambruna, Becker sostiene que como resultado de ella murieron “por lo menos 30 millones de personas”. Hoy se sabe con certeza que China padeció muy severos percances agrícolas (y de todo tipo) tras el periodo conocido como el *gran salto adelante*; aunque la realidad de una gran hambruna en esa época es cada vez más aceptada dentro y fuera de China, la magnitud de la misma es aún motivo de análisis y debate. Por ello, no resultan aceptables las dramáticas conclusiones de Becker, un anacrónico combatiente de la guerra fría que, quizá motivado por el logro de un *best seller* y movido por un ferviente antimaosismo, hace afirmaciones que ningún dato disponible puede avalar. Resulta curioso que sólo hacia al final del libro (cap. 18), el autor intente una “reconstrucción estadística” de la demografía

china para afirmar que perecieron por hambruna nada menos que “... cerca de 33 millones de personas”. Sin embargo, páginas más adelante, él mismo admite que, dadas “las escasas y poco confiables estadísticas chinas”, en realidad, no es posible establecer la cifra con certeza.

Las estadísticas demográficas permiten inferir que la tragedia pudo haber tenido lugar, pero nada más. En efecto, la diferencia intercensal entre la población china esperada y la real (dada la tasa de crecimiento demográfico) fue de poco menos de 30 000 000 de personas. Sin embargo, esto no permite concluir que, en efecto, murió ese número de gentes. La conjetura sería errónea debido a que no toma en cuenta errores estadísticos o diferencias en las bases de comparación, que han motivado ya numerosas interpretaciones alternativas. Por más importante que sea, la diferencia intercensal no es prueba, *per se*, de la hambruna. No obstante, a partir de esa diferencia, Becker lleva al lector por un tortuoso tapiz de desventuras chinas, anécdotas, entrevistas e historias oídas sobre la pavorosa hambruna de China; pareciera que el autor se otorga una suerte de “crédito estadístico” de más de 30 000 000 de personas que le permitiera otorgar veracidad a cualquier chisme y suponer cualquier cosa. Después de leer los 20 capítulos del libro, el lector no puede, seriamente, aceptar sus descripciones y anécdotas (por dramáticas y aún verosímiles que sean) como evidencia y prueba de lo que tal vez sucedió.

Dejando de lado la discusión acerca de la magnitud de la tragedia, conviene revisar algunos de los factores que, según Becker, explicarían la hambruna china. Por principio, el autor culpa a Mao de la catástrofe. Ciertamente, Mao estaba en el vértice de toda autoridad china y, por lo tanto, la responsabilidad recaería en él; sin embargo, eso no lo hace culpable de una crisis que, una vez desatada, era imposible detener. En última instancia, la rigidez y el verticalismo del sistema político chino pueden verse como condiciones por las cuales no pudo hacerse frente a la hambruna, pero no como su causa. Aun dentro de un régimen monolítico, la supuesta terquedad y equivocación de un solo hombre en la cúspide no es explicación suficiente. China era —y es— demasiado vasta, diversa y compleja para que ello fuera posible.

El autor señala que otro factor del desastre fue la colectivización de la agricultura. Aunque en sólo pocos meses se fundaron decenas de miles de comunas populares que cubrieron casi por entero el territorio chino —en lo que podría verse el origen de los problemas agrícolas de China—, Becker nunca explica por qué y cómo estas comunas fueron parte de la debacle agrícola. Baste recordar que su formación no tuvo gran oposición y que éstas tuvieron éxitos y rasgos encomiables como la construcción, con innumerables esfuerzos heroicos, de obras públicas intensivas en mano de obra: caminos, túneles, canales de

riego. No obstante, la politización extrema y el rígido sistema de gestión (burocrático y centralizado) entorpecieron la toma de decisiones técnicas, además de que los métodos empleados para remunerar y evaluar el trabajo del campesino fueron desastrosos y artificiales, ya que se asignaban “puntos” de trabajo a cada campesino, más en función de la política y de la ideología que de la productividad. Lo anterior contribuyó sin duda a la inoperancia y subsecuente abandono de las comunas hacia fines de los años setenta. A pesar de que Becker explica, con razón, que, mientras se querían construir hornos de acero en cada trapatio, uno de los errores más colosales y patéticos de esa era, se intentó colectivizar toda la agricultura y avanzar de golpe al edén socialista. Sin embargo, para que el lector formara adecuadamente su opinión, en la obra habría sido necesaria la descripción y el análisis del proceso de formación de las “comunas populares” y la forma de operación de las mismas: primero, las cooperativas simples o “inferiores”; después, las socialistas o “superiores” (ya con la propiedad colectiva); y, al final, las comunas propiamente, sin salarios y con todo el proceso productivo socializado. Pero este proceso, fruto de la voluntad política y no del cálculo económico o técnico, no se expone en el libro, sino que se le identifica sin mayor trámite ni análisis con el *gran salto adelante*. Éste fue básicamente paralelo, pero distinto: era la contraparte industrial, por decirlo de algún modo, de las comunas agrícolas.

La inmensa prisa con la que Mao, impaciente e implacable, quiso “construir el socialismo” sin duda llevó a excesos y quebrantos monumentales, los cuales tampoco pueden ser vistos, como lo hace Becker, como resultado de la aplicación de políticas soviéticas en China. De acuerdo con el autor, la ciencia fraudulenta de Lysenko fue aplicada en la agricultura china. Empero, las recomendaciones científicas chinas para incrementar la producción agrícola nada tenían que ver ni con Lysenko ni con el modelo soviético: eran (y los son desde tiempos inmemoriales) reglas de sentido común, sabiduría simple y campesina de buena práctica agrícola, perfectamente entendible para la china rural, poblada por más de 400 000 000 de empobrecidos campesinos en los años cincuenta. Los ocho principios agrícolas maoístas que Becker utiliza como “prueba” de haber causado la hambruna fueron: utilizar nuevas variedades de semilla, plantar compacto, arar profundo, elevar la fertilización, innovar en herramientas, controlar las plagas, aumentar la irrigación y mejorar el manejo y la gestión de las granjas. Todos son principios sencillos, lógicos y aplicados con la proverbial flexibilidad y pragmatismo del campesino chino. Nada más lejano a los desvaríos de Lysenko que quiso negar, por “reaccionaria”, a la genética.

De acuerdo con lo anterior, los ejemplos que Becker utiliza para “probar” que dichos principios agrícolas propiciaron la hambruna parecen francamente

risibles, cuando no de mala fe. Entre estos ejemplos destaca el de la fertilización. Como no podría oponerse a ella, Becker critica el uso de fertilizante orgánico (a menudo excretas animales y humanas) en lugar de moderno fertilizante químico. Es claro que China no podía darse el lujo de usar fertilizantes químicos; no contaba ni con los recursos ni con la tecnología para hacerlo. Apenas fue posible, la misma China maoísta comenzó a utilizar modernos fertilizantes químicos. Becker también critica las obras de riego hechas a mano y con un esfuerzo heroico (sin duda excesivo), como si los campesinos chinos hubieran tenido acceso a bienes de capital y moderna maquinaria agrícola. No podemos dejar de mencionar la fascinación que China ejerció en muchos observadores de su agricultura, debido al uso de métodos agrícolas sencillos intensivos en mano de obra, de bajo impacto ambiental y consumo energético. Hoy, más que nunca, es válida la pregunta acerca de si esas técnicas no son preferibles al brutal desempleo derivado de usar costosas técnicas y equipo moderno.

¿Por qué Becker no hace un análisis serio e informado sobre la producción agrícola y los rendimientos de los principales cultivos de China entre 1950 y 1965? Aunque las cifras difieren, todos los análisis serios (tanto chinos como extranjeros) apuntan en una dirección clara: desde 1949 y hasta 1978, la producción y los rendimientos agrícolas aumentaron, y lo hicieron por encima del rápido crecimiento de la población. Una prueba indirecta de ello radica en la disminución en las importaciones de granos frente a una población en acelerada expansión. Aun si aceptamos la tesis de una gran hambruna, errores y deliberada renuencia a comprar granos del exterior, si no hubiera habido crecimiento en la producción (y rendimientos), China habría tenido que importar más granos, de manera sostenida, del exterior. Como en ese caso seguramente no habría contado con las divisas necesarias, la hambruna habría sido de magnitud insospechadamente grande y, muy posiblemente, habría destruido al régimen de Mao.

En la segunda parte del libro, Becker hace una muy dramática descripción de la hambruna china en las distintas provincias. Incluso describe episodios (quizá exagerando su número y frecuencia) de canibalismo, y concluye diciendo que las ciudades estaban tan aisladas del campo que no era posible percibir la magnitud de la hambruna de 1958-1962. Tal vez, aunque ciertamente sus argumentos y descripciones no convencen al lector informado sobre China. En la tercera y última parte, Becker intenta una suerte de “juicio final” en contra de Mao y adelanta la disputada cifra de la hambruna con base en el análisis intercensal descrito. Sin embargo, no responde a preguntas muy importantes.

La primera de dichas preguntas es qué sucedió en realidad; si efectivamente hubo una hambruna ¿cuál fue su magnitud? Lo cierto es que no se conoce; rigurosamente, no puede conocerse porque, como señalan muchos expertos y como el mismo Becker reconoce, los datos censales no son confiables. En conclusión, no se sabe cuánta gente murió, quizá nunca se sepa con precisión, aunque estudios indirectos permitan acercarse a las cifras verdaderas.

La segunda pregunta no respondida por Becker es por qué tuvo lugar la tragedia y cómo sucedió. Si se parte del dato de que, en efecto, la producción y los rendimientos en la producción cerealera, en general, aumentaron, ¿cómo pudo darse la hambruna de China? Amartya Sen, notable economista indio experto en temas de hambruna, ha aportado elementos analíticos muy interesantes: las hambrunas no son sólo motivadas por errores humanos —técnicos o políticos—, como Becker quisiera hacer creer; dichos errores suelen ser condición necesaria, sin embargo, casi siempre hay un factor natural inicial, un “detonador” como las prolongadas sequías, ampliamente estudiadas en algunos países africanos. La naturaleza del régimen chino y la prisa por “construir el socialismo” pudieron haber tenido un efecto muy negativo al combinarse con años de sequía. Si por imperativos ideológicos y razones de la abigarrada estructura político-burocrática, la “ímpetuosa marcha ascendente al socialismo” requería reportar siempre buenas, y sólo buenas noticias, entonces, los resultados agrícolas debieron inflarse; más grave aún, para acreditarlos, se habrían tenido que entregar granos, que ya escaseaban localmente, al gobierno central. Con ello se habría caído en un círculo vicioso de desinformación y simulaciones. Así, para buscar una explicación al componente sociopolítico de la hambruna, habría que empezar por analizar el sistema chino y su funcionamiento, antes que culpar a un solo hombre que, desde la cúspide de una rígida pirámide, no estaba, ni podía estar, oportuna y suficientemente al tanto de la situación.

En sociedades democráticas y abiertas, en donde hay una opinión pública informada y en donde las instituciones de la sociedad civil actúan (prensa libre, asociaciones cívicas, partidos, iglesias, entre otros), los mecanismos de alarma social funcionan a tiempo y mejor. De este modo, las tragedias pueden evitarse al llegar los apoyos con relativa oportunidad. El sistema chino pudo haber impedido el funcionamiento de esa alarma social.

Este conjunto de factores puede darnos un marco analítico para estudiar lo que sucedió con la hambruna de China y por qué no fue posible hacerle frente. El tema está abierto a debate y ya no es un tabú ni en la misma China. Empero, tal debate no se enriquece con la mera descripción propagandística de las manifestaciones de la grave crisis agrícola y alimentaria china de esos años. Una cosa es reseñar consecuencias y otra establecer causalidad.

La revisión del calamitoso siglo xx permite ver, con mayor claridad, que las utopías ni tienen receta ni se construyen con “ingeniería social” de ningún tipo. Pero, también resulta cada vez más claro que, más allá de las utopías y de los regímenes mismos que buscaron establecerlas, su análisis requiere de un mínimo de seriedad que empiece por trascender el maniqueísmo propio de la guerra fría.

Cassio Luiselli Fernández
